

de un típico turista de ciudad. Mientras se debatía entre pensamientos y necesidades, escuchó que en el siguiente pueblo, Arenillas, existía un bar donde podrían facilitarle algo que llevarse a la boca.

Armado de valor para recorrer los 5 km. que restaban, rebuscó entre sus enseres hasta encontrar una famélica chocolatina, de esas que en la tele dicen ser energéticas mientras las personas del anuncio hacen un alto en sus actividades y saltan de alegría saboreando el artículo en cuestión. “¡Para dar saltos estoy yo!” se dijo nuestro valiente y, con el coraje que produce el hambre, reemprendió la marcha.

Carretera al frente, y paso a paso, siguió el cañón al tiempo que razonaba con extrañeza la falta de previsión, y sobre todo en una tierra bien conservada, de necesidades tan evidentes como el apetito de los viajeros (por fin nos hemos dado cuenta de que el explorador odiaba la palabra turista).

Nuevamente debemos pedir perdón, pues nuestro aventurero desconoce, en ese momento, que en la mayor parte de los pueblos de Soria ocurre lo que sucedía en 1.400 y para adquirir un kilo de filetes hay que trasladarse unos cuantos kilómetros y llegar a cualquier villa de las que eran mercado en el medioevo. Disculpará el lector la falta de preparación del protagonista, pero debe comprender que cualquier urbanita descendiende en ascensor de su bloque de viviendas y se ve asaltado, desde el momento que pisa la calle, por miles de letreros de tiendas que venden desde carne a artículos de los de “todo a 1 euro”.

Y mientras entrábamos nosotros en el desquiciante mundo de la metafísica, nuestro valiente había comenzado a ascender la última cuesta para llegar a Arenillas. Ya había salido del cañón y parecía que la pobla-

ción estuviera situada en un alto; efectivamente allí se veía la torre de la Iglesia y, al poco, las casas de piedra.

Casi sin resuello se introdujo en el pueblo y empezó a dar vueltas por él a la caza del deseado bar; al no encontrarlo pensó con extrañeza lo curioso que resultaba que un negocio, supuestamente abierto al público, se hallara tan escondido; sólo consiguió ver un edificio que supuso el Ayuntamiento por la bandera (nada se le escapaba a nuestro inteligente viajero) y bajo el cual un cartel rezaba: “Centro Social”.

Tuvo la suerte de tropezar con un transeúnte (raza a extinguir en Soria), al que interrogó sobre la situación del dichoso bar, siendo amablemente conducido al ya citado “Centro Social”. Se sentía exhausto y su orgullo de explorador había cedido ante la imperiosa necesidad primaria

